

Trilogia

1898



TRILOGÍA

Para Jesús E. Valenzuela.

Cabalgué tu corcel :

La gran estepa
se produjo ante mí, jamás hollada,
y huí con la carrera de Mazeppa,
manchando la extensión immaculada.

Agonizó la tarde blandamente,
mas la luna surgió de lo lejano
muy débil, como un sol convaleciente,
lloviendo palideces sobre el llano.

Cabalgué tu corcel :

Una campaña
se extendió ante mis ojos : la zizaña
folgaba entre la mies toda maltrecha
y una inmensa falange ahí cautiva,
se inclinaba, buscando pensativa
con inútil esfuerzo la cosecha.

Hablar pensé con el enjambre triste ;
pero tú, mi Señor, apareciste
y me dijo tu boca suspirando :
— Calla y sigue; tu rostro los conturba.

Dejé un rayo de amor sobre la turba
y seguí cabalgando, cabalgando.

De la gran lejanía
un castillo surgía.
Por más que al eter empinó su torre,
nunca pudo mirar la luz que alegre,
y era negro, tan negro que en su negra
mole se hubiera ennegrecido el día.

Quise pañar, mas exclamaste : corre!

Vi empero tras los muros de granito
un grupo de doncellas; demandaba
un rayo de verdad al infinito
y el rayo de verdad no se le daba.

Y llena de fervores
mi alma que siempre difundirse supo,
otro rayo tomó de sus amores
y lo arrojó llorando sobre el grupo.

Cabalgué tu corcel; pero mi paso
limitó inmenso río; en sus riberas
una grey de almas tristes pretendía
beber el agua azul de las quimeras,
mas el agua corría...

Y sollozando de dolor sincero,
otro rayo de amores, el postrero,
arrojé á la tantálica teoría.

Al llegar al albergue ya seguro,
yo estaba opaco todo, todo obscuro,
pues di la claridad de mis consuelos;
mas ¡ oh Sueño! tú al punto me dijiste :
— Toma, ¿ quieres más luz?

Y me la diste
para seguir iluminando duelos.

Yo guardo estas visiones en la urna
de mis grandes piedades, porque ansio
que sobre aquella prole taciturna
florezca el alba de tu faz, Dios mío!



El prisma roto

1898